

CAPÍTULO XXXVII

Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.

Todo esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desaparecían e iban en humo las esperanzas de su ditado y que la linda princesa Micomicona se le había vuelto en Dorotea, y el gigante en don Fernando, y su amo se estaba durmiendo a sueto sueto, bien descuidado de todo lo sucedido. No se podía asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseía; Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Lusinda corría por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al cielo por la merced recibida y haberle sacado de aquel intrincado laberinto, donde se hallaba tan a pique de perder el crédito y el alma; y, finalmente, cuantos en la venta estaban estaban contentos y gozosos del buen suceso que habían tenido tan trabados y desesperados negocios.

Todo lo ponía en su punto el cura, como

2

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SÉPTIMO

discreto y a cada uno daba el parabién del bien alcanzado; pero quien más jubilaba y se contentaba era la ventrera, por la promesa que Cardenio y el cura le habían hecho de pagalle todos los daños e intereses e intereses que por la cuenta de Don Quijote le hubieran venido. Sólo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desentendido y el triste; y así, con melancólico semblante entró a su amo, el cual acababa de despertar a quien dijo:

Bien pueda vuestra merced triste figura dormir todo lo que quisiere, sin cuidado de matar a ningún gigante ni de volver a la princesa a su reino, que ya todo está hecho y conuido.

Eso creo yo bien respondió Don Quijote porque he tenido con el gigante la más descomunal batalla que pienso tener en mi vida y de un reves, ¡zasí le derribé la cabeza al suelo y fue tanta sangre la que salió que los arroyos corrían por tierra como si fueran agua.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SÉPTIMO

- Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor - respondió Sancho -, porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuervo horadado, y la sangre, seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévalo todo Satanás.

- ¿Y qué es lo que dices, loco? - replicó don Quijote - ¿Estás en tu seso?

- Levántese vuestra merced - dijo Sancho - y verá el buen recado que ha hecho y lo que tenemos que pagar y verá a la reina convertida en una dama particular llamada Dorotea con otros sucesos que, si cae en ellos, le han de admirar.

- No me maravillaré de nada de eso - replicó don Quijote -, porque, si bien te acuerdas la otra vez que aquí estuvimos te dije yo que todo cuanto aquí sucedía eran cosas de encantamiento, y no sería mucho que ahora fuese lo mismo.

- Todo lo creyera yo - respondió Sancho -, si también mi mantecamiento fuera cosa de jaez, mas no lo fue, sino real y verdaderamente; y vi yo que el

(4)

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SÉPTIMO

ventero que aquí está hoy día tenía del un cabo de la manta y me empujaba hacia el cielo con mucho donaire y brío, y con tanta risa como fuerza; y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamiento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura.

- Ahora bien, Dios lo remediará - dijo don Quijote -

Dame de vestir y déjame salir allá fuera, que quiero ver los sucesos y transformaciones que dices.

Dióle de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestía contó el cura a don Fernando y a los demás las locuras de don Quijote, y del artificio que se habían usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Contóles asimismo casi todas las aventuras que Sancho había contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles la que a todas parecía: ser el más extraño género de locura que podía haber en pensamiento disparatado. Bijo más el cura: que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedía pasar con su designio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar a su tierra. Ofreciose

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SÉPTIMO

cardenio de proseguir lo comenzado, y que Lucinda haría y representaría la persona de Dorotea.

- No - dijo don Fernando -, no ha de ser así, que yo quiero que Dorotea prosiga su invención; que como no sea muy lejos de aquí el lugar de este buen caballero, yo halgaré de que se procure su remedio.

- No está más de dos jornadas de aquí.

- Pues aunque estuviera más, gustara yo de camirallas, a trueca de hacer tan buena obra.

Salió en esto don Quijote, armado de todas sus pertrechos, con el yelmo, aunque alellado, de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela y arrimado a su tronco o lazoñ. Suspendió a don Fernando y a los demás la extraña presencia de don Quijote, viendo su rostro de media legua de andadura seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente, estuvieron callando, hasta ver lo que él decía; el cual, con mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dijo:

- Estoy informado, hermosa señora, de este mi escudero que la vuestra grandeza se ha aniquilado y vuestro ser se ha deshecho, porque de reina y gran señora que solíades ser os habéis vuelto en una particular doncella. Si esta ha sido por orden del rey nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diese la necesaria y debida

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SÉPTIMO

ayuda, digo que no supo mi sabe de la mira la media y que que poca verada en las historias caballerescas; porque si él los hubiera leído y porado tan atentamente y con tanto espacio como los pise y lei, hallaría a cada paso como otros caballeros de menor fama que la mía habían acabado cosas más dificultosas, no siendo mucho matar a un gigantillo, por arrogante que sea; porque no ha muchas horas que ya me vi con él, y quiero callar, porque no me digan que miento, pero el tiempo, descubriendo de todas las cosas, lo dirá cuando menos lo pensamos.

- Vístelos vos con dos cueros, que no con un gigante - dijo a esta razón el ventero.

Al cual mandó don Fernando que callase y no interrumpiese la plática de Don Quijote en ninguna manera; y don Quijote prosiguió diciendo:

- Digo, en fin, alta y desheredada señora, que si por la causa que he dicho nuestro padre ha hecho este metamorfóseos en vuestra persona, que no le deis crédito alguno, porque no hay ningún peligro en la tierra por quien me se abra camino mi espada, con la cual poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré a vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves días.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SÉPTIMO

No dijo más don Quijote y esperó a que la princesa y esperó a que la princesa le respondiese; la cual, como ya sabía la determinación de don Fernando de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar a su tierra a don Quijote, con mucho donaire y gravedad le respondió:

- Quienquiera que os dijo, valeroso Caballero de la Triste Figura, que yo me había mudado y trocado de mi ser, no os dijo lo cierto, porque la misma que ayer fui soy hoy. Verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertas acaecimientos de buena ventura, que me la han dado, la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dejado de ser la de antes y de tener los mismos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso e invulnerable brazo que siempre he tenido. Así que, señor mío, vuestra bondad vuelva a la honra al padre que me engendró y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su cencia hayó camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamás acertara la a tener la ventura que tengo; y en esto digo tanta verdad como son buenos testigos de ella los más de estos señores que están presentes. Lo que resta es que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y en lo demás del buen success que espero, le

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SÉPTIMO

dejaré a Dios y al valor de vuestro pecho.

Esto dijo la discreta Dorotea, y en oyeéndolo don Quijote se volvió a Sancho y con muestras de mucho enojo le dijo:

- Ahora te digo, Sancho, que eres el mayor bellacuelo que hay en España. Dame, ladrón, vegamundo, ¿no me acabaste de decir ahora que esta princesa se había vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté a un gigante era la pata que te parió, con otros disparates que me pusieron en la mayor confusión que jamás he estado en todos los días de mi vida. ¡Voto... - y miró al cielo y apretó las dientes - que estoy por hacer un estrago en ti que ponga sal en la molleta a todas cuantas mentirosas escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo!

- Vuestra merced se sossegue, señor mío - respondió Sancho -, que bien podría ser que yo me hubiese engañado en lo que toca a la mutación de la señora princesa Micomicona; pero en lo que toca a la cabeza del gigante, o al lo menos a la horadación de los cueros y a lo de ser vino tanto la sangre, no me engaño, vue Dios, porque los cueros allí están heridos, a la cabecera del lecho de vuestra merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo. De lo demás, de que la señora recna se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SÉPTIMO

me va mi parte, como a cada hijo de vecino.

- Ahora yo te digo, Sancho - dijo don Quijote -, que eres un mentecato, y perdóname, y basta.

- Basta - dijo don Fernando -, y no se hable más en esto; y pues la señora princesa dice que se camine ahora, porque hoy ya es tarde, hágase así, y esta noche la podremos pasar en buena conversación hasta el venidero día, donde todos acompañaremos al señor don Quijote, porque queremos ser testigos de las valerosas e inhauditas hazañas que ha de hacer en el discurso de esta gran empresa que a su cargo lleva.

- Yo soy el que tengo de servirlos y acompañaros - respondió don Quijote -, y agradezco mucho la merced que se me hacen y la buena opinión de mí se tiene, la cual procuraré que salga verdadera, o me costará la vida, y aún más, si más costarme puede.

Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasaron entre don Quijote y don Fernando, pero a todo puso silencio un pasajero quien aquella sazón entró en la venta, el cual en su traje mostraba ser cristiano recién venido de tierra de moros, porque venía vestido con una casaca de paño azul, corta

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SÉPTIMO

de gabas, con medias mangas y sin cuello; los calzones eran asimismo de lienzo azul, con bonete de la misma color; traía unos borceles dutilados y un alfanje morisco, puesto en un tahalí que le atravesaba el pecho. Entró luego tras él, encima de un jumento, una mujer a la morisca vestida, cubierto el rostro, con una toca en la cabeza; traía un bonetillo de brocado, y vestía una almoleja, que desde los hombros hasta los pies la cubría. Era el hombre de Robusto a agraciado talle, de edad de poco más de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes y la barba muy bien puesta; en resolución, él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido le juzgaran por persona de calidad y bien merecida. Pidió en entrando un aposento, y como le dijeron que en la venta no lo había, mostró recibir pesadumbre y, llegándose a la que en el traje parecía mora, la apocó en sus brazos. Le escucha, Dorotea la venta, su hija Haritomeg, lloradas del ruido y para ellas nunca visto traje, rodear una alama, y Dorotea, que siempre fue agradecida, con media y discreta

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SÉPTIMO

pareciéndole que así ella como el que la traía se congojaban por la falta por la falta del aposento, le dijo:

- No os dé mucha pena, señora mía, la incomodidad de regalo que aquí falta, pues es propio de ventas no hallarse en ellas; pero, con todo esto, si gustáredes de posar con nosotras - señalando a Luscinda -, quizá en el discurso de este habréis hallado otros no tan buenos acogimientos.

No respondió nada a esto la embozada, ni hizo otra cosa hasta entonces había estado, y viendo que todas tenían cercada a la que con él venía, y que ella a cuanto le decían callaba, dijo:

- Señoras mías, esta doncella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme a su tierra, y por esto no debe de haber respondido ni responde a lo que se le ha preguntado.

- No se le pregunta otra cosa ninguna - respondió Luscinda - sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía y parte del lugar donde nos acomodáremos, donde se le hará el

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SÉPTIMO

regalo que la comodidad ofreciese, con la voluntad que obliga a servir a todos los extranjeros que de ello tuviesen necesidad, especialmente siendo mujer a quien se sirve.

- Por ella y por mí - respondió el cautivo - es beso, señora mía, los marcos, y estimo mucho y en lo que es razón la merced ofrecida, que en tal ocasión, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se ella de ver que ha de ser muy grande.

- Decidme, señor - dijo Dorotea - ¿esta señora es cristiana o mora? Porque el traje y en el cuerpo, pero en el alma es muy grande cristiana, porque tiene grandísimos deseos de verlo.

- Luego cómo es bautizada? - respondió el cautivo - después que salí de Argel, su patria y Tierra, y hasta ahora no se ha visto en peligro de muerte: tan cercada que obligase a bautizarla sin que supiese primero todas las ceremonias que Nuestra Madre la Santa Iglesia manda; pero Dios será servido que presto bautice, con la decencia que la calidad de su persona merece, que es más de lo que muestra su hábito y el mío.

Esto (así) pudo ganar en todos los que escuchándole estaban de saber quién fuese la mora y el cautivo, pero nadie se lo quiso preguntar por entonces, por ver que aquella

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SÉPTIMO

sazón era más para procurables descanso que para
 preguntables sus vidas. Dorotea la tomó la mano y
 la llevó a sentar junto a sí y le rogó que se
 quitase el emboto. Ella miró al cautivo, como si
 le preguntara le dijese lo que decía y lo que ella
 quería. Él en lengua árabe le dijo que le pedían
 se quitase el emboto, y que lo luciese; y, así,
 se lo quitó y descubrió un rostro tan hermoso,
 que Dorotea la tuvo por más hermosa que a
 Lusciuda, y Lusciuda por más hermosa que a
 Dorotea, y todos circustantes conocieron que
 si alguno se podría igualar al de las dos
 era el de la mora, y aun hubo algunos que
 le aventajaron en alguna cosa. Y como la
 hermosura tenga perlocutiva y gracia de
 reconciliar los ánimos y atajar las voluntades,
 luego se rindieron todos al deseo de servir y
 acobardar a la hermosa mora.

Preguntó don Fernando al cautivo cómo se
 llamaba la mora, entendido lo que le había
 preguntado al cristiano y dijo con mucha
 priesa, llena de coqueja y dandole:

- ¡ No, no torcida: María, María! - dando a
 entender que se llamaba María y no

(14)
CAPÍTULO TRIGÉSIMO SÉPTIMO

Zoraida.

Estas palabras, el grande afecto con que la mora las dijo hicieron derramar más de una lágrima a algunos de los que la escucharon, especialmente a las mujeres, que de su naturaleza son tiernas y compasivas. Abrazola Luscinada con mucho amor, diciéndole:

-Sí, sí, María, María.

A lo cual respondió mora:

-Sí, sí, María: Zoraida macaque!- que quiere decir no.

Ya en esto llegaba la noche, y por orden de los que venían con don Fernando había el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que a él le fue posible. Llegada, pues, la hora, sentáronse todos a una larga mesa, como de tinelo, porque no la había redonda ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, pues que él lo rehusaba, a don Quijote, el cual quedó que estuviese a su lado la señora Micomicona, pues él era su aguardador. Luego se sentaron Luscinada y Zoraida, y frontero de ellas don Fernando y Cardenio, y luego el cautivo y los demás caballeros, y al lado de las señoras, el cura y el barbero. Y así, cenaron

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SÉPTIMO

Con mucho contento, y acrecentoseles más viendo que, dejando de comer don Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió a hablar tanto como hablo cuando cenó con los cabreros, comenzó a decir: - Verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes e inauditas cosas ven las que profesan la orden de la andante caballería. Si no, ¿cuál de las vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta de este castillo entrara y de la suerte que estamos nos viere, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podría decir que esta señora que está a mi lado es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura que anda por ahí de la boca de la fama? Ahora no hay que dudar sino que esta arte y ejercicio excede a todas aquellas y aquellas que los hombres inventaron, y tanto más se ha de tener en estima cuanto a más peligros está sujeto. Quitenme delante las que ojeren. que las letras nacen ventaja a las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen. Porque la razón que los tales suelen decir y a lo que ellos más se atienen es que los trabajos del espíritu exceden a los del cuerpo y que las armas solo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más de buenas fuerzas, o como si en esto que llamamos armas los que las profesamos no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento, o como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene a su cargo un ejército o la defensa de una

(16)

CAPÍTULO TRIGÉSIMO SÉPTIMO

Ciudad sitiada así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las guerras corporales a saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estrategias, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, y que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna del cuerpo. Siendo, pues, así que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado o el del guerrero, trabaja más, y esto se verá a conocer por el fin y paradero a que cada uno se encamina, porque aquella intención se ha de estimar en más que tiene por objeto más noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que a un fin tan sin fin como éste ninguno otro se le puede igualar; hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva y dar a cada uno lo que es suyo) entender y hacer que las buenas leyes se guarden. Fin por cierto generoso y alto y digno de grande alabanza, pero no de tanta como merece aquel a que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y así, las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles la noche que fue nuestro día, cuando cantaban en los aires: «Gloria sea en